



Gran música en manos virtuosas

Sigue la activa temporada de la Orquesta Sinfónica Nacional. Siguen develándose también las bondades acústicas de la flamante Sala Sinfónica, nueva sede de la agrupación. Su más reciente programa trajo un triple contenido con la dirección del británico Andrew Gourlay. Se agradece el descanso dado a obras súper trilladas del repertorio orquestal para beneficiar lo nuevo, lo esquivo o lo inexplicablemente ausente de nuestras salas de conciertos, hecho que marcó la tónica de lo que aquí se comenta.

Y claro, escuchar en vivo (primera vez en mucho tiempo) el poema sinfónico “El Moldava” de Bedrich Smetana fue una gran experiencia, más aún al audicionarla y verla dirigida por Gourlay con una claridad conductora que sobre su corporalidad algo estática de su alta y delgada figura logra transmitir una gestualidad manual única, que impone como sello.

ANDRÉS SCHLACK



Si de rescatar obras esquivas se trata, aquí estuvo también el Concierto N° 1 para guitarra y orquesta de Mario Castelnuovo-Tedesco, una bellísima obra sigloveintera de corte neoclásico para esa combinación sonora que con tanto “Aranjuez” de por medio no ha podido saltar a la fama que le corresponde. Su solista fue el anglo-chileno Emmanuel Sowicz (32), ganador del Concurso Internacional Luis Sigall de Viña del Mar en 2017, quien debutó en las Semanas Musicales de Frutillar siguientes con este mismo concierto. Ciertamente él tiene la obra en la punta de los dedos de sus ágiles manos con una seguridad luminosa que tomó por asalto la Sala Sinfónica. La orquesta, muy reducida

Guitarrista
y director,
triumfadores.

en tamaño, puso el más justo de los marcos con la dirección muy afín y amable de Gourlay. Ante los cálidos aplausos Sowicz propinó en solitario unas entrañables variaciones sobre “Gracias a la vida”.

Y para el gran final, otra página sinfónica de poca recurrencia: la suite de la ópera “El caballero de la rosa” de Richard Strauss. Con la orquesta en la plenitud de su plantel se tuvo una interpretación notable, en que todas sus partes, lo nostálgico, lo vienés de otros Strauss, lo melancólico y lo explosivo tuvieron mucho que decir, pese a algunos desajustes. Sólo en un rítmico pasaje valseado fue que Gourlay traspasó el incesante dinamismo tan virtuoso y vistoso de sus manos a todo su cuerpo para un contoneo muy gracioso. Bien por todos, especialmente por la Sinfónica Nacional, con programas que, como éste, pone obras esquivas en la primera línea auditiva.